

Una Extraña Luna de Miel: el Anarquismo Español y la Dictadura del Proletariado Bolchevique, 1917-22

International Labor and Working-Class History, nº 94, otoño 2018, pp. 5–26

Arturo Zoffmann Rodríguez

Resumen

La Revolución Rusa se convirtió en un faro para los anticapitalistas de todo el mundo, incluyendo a muchos anarquistas. Los anarcosindicalistas se convirtieron en fervientes partidarios del bolchevismo, y muchos respaldaron el concepto de la dictadura del proletariado. En este artículo intento llegar a una comprensión política e histórica de esta extraña luna de miel, y cuestionar explicaciones empíricas que la presentan como un simple malentendido. En primer lugar, historizo la evolución del concepto de la dictadura del proletariado en el movimiento obrero español y lo evalúo a través del prisma del antagonismo entre anarquistas y socialistas. A continuación, sitúo la recepción de la Revolución Rusa en el contexto de fermento social que emergió en España después de 1917, que generó un enorme entusiasmo y empañó las diferencias teóricas. Finalmente, relaciono la recepción de la dictadura soviética con la intensificación de la violencia de clase en esos años, que hizo que muchos anarquistas fueran hospitalarios con los métodos autoritarios de los bolcheviques.

Los años 1917–20 se caracterizaron por la inestabilidad política y la efervescencia revolucionaria en toda Europa. A ojos de muchos, la Revolución bolchevique anunciaba la caída del sistema capitalista, y la Rusia Soviética se convirtió en un faro para los revolucionarios de todo el mundo. Uno de los países donde más se sintió el impacto de la Revolución Rusa fue España. En las antípodas de Europa, a menudo se la etiquetaba como «la Rusia de Occidente», un país caracterizado por su atraso y subdesarrollo.¹ Un movimiento obrero cada vez más inquieto, un campesinado sin tierra empobrecido, y unas desalentadoras cuestiones nacionales y coloniales se combinaban en un polvorín explosivo que amenazaba con barrer el régimen de la Restauración borbónica. Igual que Rusia, España también se veía envuelta en una revolución social en las primeras décadas del siglo XX.² No es de extrañar, por tanto, que las noticias de la Revolución Rusa llegaron a España como una bomba. De hecho, los años 1917–20 se recuerdan en España como el Trienio Bolchevique.

Los primeros meses de 1917 vieron un aumento en la actividad huelguística, estimulada por las noticias procedentes de Rusia sobre el derrocamiento del zar. La difícil situación del régimen de la Restauración se vio empeorada por un motín del ejército y por el intento de los políticos liberales de celebrar una asamblea constituyente. El auge de militancia obrera culminó en una violenta huelga general en agosto de 1917, que fue sangrientamente reprimida tras días de lucha de barricadas. El movimiento obrero tardó varios meses en recuperarse de este golpe.³ No obstante, mientras tanto, las agitaciones campesinas en las regiones latifundistas de Andalucía y Extremadura se extendían como la pólvora, a medida que los campesinos sin tierra, deslumbrados por el ejemplo ruso, comenzaban a rebelarse. Huelgas generales indefinidas paralizaron la economía rural; se produjeron levantamientos en los que pueblos enteros fueron tomados por los rebeldes, que declararon la anarquía; se incendiaron casas solariegas e iglesias y se destruyeron cosechas. Las rebeliones campesinas solo fueron aplacadas tras el envío de un ejército de 20.000 hombres a Andalucía en la primavera de 1919.⁴

Sin embargo, en este momento el movimiento obrero urbano estaba resurgiendo con fuerza. En abril de 1919, una disputa en la compañía hidroeléctrica La Canadiense de Barcelona se convirtió en una huelga general en toda la ciudad que duró varias semanas, y que concluyó con concesiones de gran alcance para los trabajadores. La actividad huelguística se intensificó en los centros industriales en los meses siguientes. La militancia de los obreros españoles evocó el espectro de la Revolución Bolchevique entre las clases propietarias del país, y provocó una respuesta cada vez más violenta por parte de las autoridades.⁵

Mientras que en otros países europeos el atractivo revolucionario de los bolcheviques solía ser adoptado por tendencias izquierdistas de la socialdemocracia, en España los heraldos más importantes de la revolución social vinieron de la tradición bakuninista. La Confederación Nacional del Trabajo (CNT), una federación sindical revolucionaria fuertemente influenciada por las ideas anarquistas, se convirtió en una entusiasta defensora de la Rusia Soviética. En el Trienio Bolchevique español, la CNT fue capaz de crecer significativamente, contando con casi 800.000 miembros en 1919 y desplazando a los socialistas del timón del movimiento obrero del país. En este periodo, también se convirtió en la organización anarcosindicalista más grande del mundo. El optimismo generalizado y el entusiasmo de esos años, así como la escasez de noticias fiables de Rusia, oscureció las divergencias ideológicas entre los bolcheviques y los cenetistas (los militantes de la CNT). En consecuencia, la confederación se afilió a la III Internacional en 1919. Envío dos delegaciones oficiales a Moscú, una en 1920 y otra en 1921.⁶

Para finales de 1920, la marea revolucionaria de España y el resto de Europa comenzó a decaer, templando el entusiasmo por la Revolución Rusa. La represión contra el movimiento obrero se endureció, y los anarcosindicalistas españoles fueron arrastrados a una guerra de desgaste con las autoridades y con pistoleros de derechas. Miles de activistas fueron asesinados, encarcelados, o exiliados. Esta ola represiva culminó con el golpe de Estado del General Primo de Rivera en septiembre de 1923. Los sindicatos de la confederación se vaciaron, y se perdieron huelgas decisivas. Al mismo tiempo, llegaban a España más noticias sobre el carácter autoritario de los bolcheviques. El aplastamiento del ejército de Makhno y la supresión del levantamiento de Kronstadt inquietaron particularmente a los cenetistas. Además, el socio oficial de los bolcheviques en España pasó a ser el Partido Comunista de España (PCE), una organización pequeña y sectaria que amalgamaba varias agrupaciones escindidas del Partido Socialista. En Moscú, la CNT fue tratada como un desvalido y relegada a la Internacional Sindical Roja (ISR), el frente sindical de la III Internacional.

En este nefasto contexto, la mayoría de la CNT se volvió rápidamente contra los comunistas rusos, reafirmando su tradición anarcosindicalista. Empezaron a arremeter contra el estatismo y autoritarismo de Lenin y sus seguidores, a censurar la represión ejercida contra los anarquistas rusos, y a denunciar que la tiranía capitalista había sido reemplazada por el despotismo de los comisarios. Para junio de 1922, los anarcosindicalistas consiguieron la desafiliación de la CNT de la III Internacional, reafirmando su carácter libertario y antiestatista.⁷

Gran parte de la historiografía ha tendido a descartar el encaprichamiento inicial de los anarquistas con los bolcheviques como el producto de un simple malentendido, posibilitado por la escasez de noticias fiables de Rusia.⁸ Es cierto que la información confusa y contradictoria procedente de Europa del Este facilitó el enaltecimiento de los bolcheviques. No obstante, esta explicación es muy simplista, y pasa por alto el optimismo y la euforia despertados por la victoria bolchevique, la mutabilidad de las ideologías en los tempestuosos años que siguieron a la Revolución Rusa y la Primera Guerra Mundial, y la posibilidad de capitalizar políticamente la eferescencia revolucionaria del periodo.

Hubo un auténtico acercamiento ideológico entre anarquistas y bolcheviques, del que la aprobación de la dictadura del proletariado por parte de la mayoría de los anarquistas españoles es probablemente el aspecto más destacable. Aunque la comprensión anarquista del régimen soviético era desigual, algunos hechos importantes fueron evidentes desde el principio. Los bolcheviques no habían destruido el Estado, sino que habían establecido un nuevo régimen revolucionario. Muy pronto, también quedó claro que este nuevo gobierno se estaba organizando militarmente para librar una guerra sin piedad contra la contrarrevolución, y que esta nueva forma de gobierno respondía al nombre de dictadura del proletariado. Este concepto había sido anatema para los libertarios desde la ruptura entre Marx y Bakunin en la Primera Internacional (1864–1876), y aun así la mayoría de los cenetistas llegaron a aceptarlo.

Este artículo rastreará e historiará el compromiso de los libertarios con la dictadura bolchevique del proletariado en 1917–22, situándolo en la historia intelectual más amplia del anarquismo español y en el tempestuoso contexto de revolución y contrarrevolución paneuropea que surgió después de 1917. Para esto, se apoyará en una variedad de fuentes (algunas de ellas previamente desconocidas para la historiografía), tomadas de archivos en Barcelona, Madrid, Alcoy, Ámsterdam, y Moscú, que van desde la prensa anarquista contemporánea, incluyendo publicaciones locales menos conocidas; actas de la CNT; documentos de la III Internacional; informes gubernamentales y policiales españoles; y memorias publicadas e inéditas.

El artículo sostiene que para 1917 la cuestión de la dictadura del proletariado no era central para la ideología anarquista española. El movimiento había evolucionado a lo largo de los años en oposición a las políticas reformistas del Partido Socialista, que había rechazado los principios más violentos y autoritarios del marxismo. La cuestión de la dictadura quedó relegada a un segundo plano en las polémicas entre socialistas y anarquistas.

La oleada de optimismo revolucionario inaugurada por la Revolución Rusa oscureció las divergencias ideológicas entre los anarquistas españoles y los comunistas rusos. Por otra parte, la victoria de los despiadados métodos bolcheviques para tomar el poder y combatir la revolución eran atractivos para los activistas obreros españoles en un contexto de virulenta lucha social. En estos años la división entre reformistas y revolucionarios se hizo más importante que las afinidades ideológicas formales.

Así mismo, el encaprichamiento anarquista con los bolcheviques no puede entenderse sin analizar las dinámicas de competición política contemporáneas. La Revolución Rusa se convirtió en una irresistible arma política. Fue usada por la CNT contra los socialistas, y su capacidad para presentarse como la contraparte rusa del anarquismo español aumentó enormemente su atractivo. La Revolución Rusa también sirvió como una potente arma en las manos de las facciones extremistas de la confederación en sus luchas internas contra los moderados.

Por el contrario, el reflujo de la movilización obrera a partir de 1920 cambió drásticamente la situación. El entusiasmo dio paso a la desmoralización y el pesimismo. La CNT quedó diezmada, y se enfrentó a la competencia no deseada del PCE, promovido por Moscú. Esto sentó las bases para la ruptura con la III Internacional en 1922.

Este artículo se ha visto influido por innovaciones recientes en la literatura sobre el anarquismo internacional. Historiadores como Reiner Tosstorff, Santi Fedele, Ralph Darlington, Francisco Romero Salvadó, o Chris Ealham ponen menos énfasis en cuestiones empíricas sobre el conocimiento anarquista de la represión bolchevique, y prestan más atención al contexto de lucha social violenta que existía en la mayoría de Europa, a la fluidez y el carácter abierto de la política revolucionaria de la época, y a las posibilidades de los anarquistas de capitalizar la euforia creada por la Revolución Rusa entre muchos trabajadores.⁹

La Evolución de un Concepto Controvertido

En los días de la Primera Internacional, uno de los puntos más controvertidos entre los seguidores Karl Marx y los de Mijaíl Bakunin era el concepto de dictadura del proletariado. En lugar de abolir el Estado por completo, Marx preveía la sustitución del gobierno burgués por un régimen proletario que, conformado por activistas de la clase obrera, guiaría la transformación socialista de la sociedad. Y lo que es más importante, este nuevo Estado protegería la revolución, por la fuerza y por medios dictatoriales de ser necesario, contra los planes subversivos de la burguesía y sus aliados.¹⁰ Bakunin se burlaba de esta idea, profetizando que los dirigentes del nuevo Estado pronto se atrincherarían en el poder y establecerían una nueva forma de tiranía sobre el pueblo. Opuesto siempre a toda autoridad, también consideraba que cualquier forma de dictadura era incompatible con el espíritu emancipatorio de la revolución.¹¹ Estos desacuerdos estuvieron en el centro de la escisión en la Primera Internacional que dividió definitivamente a los movimientos marxistas y anarquistas.

El debate sobre la dictadura del proletariado se reavivó de nuevo después de 1917, ya no como la polémica teórica de dos pensadores sino como una discusión sobre el debate y naturaleza de la Revolución Rusa y del Estado soviético. Muchos historiadores del anarquismo español, especialmente los de tendencia libertaria, han solido presentar el concepto de la dictadura del proletariado como completamente incompatible con el movimiento libertario.¹² Bakunin, la figura fundamental del anarquismo, había construido su filosofía y su movimiento en oposición a esta idea, y sus seguidores en 1917 no podían ser convencidos de ella. Sin embargo, a principios del siglo XX, el marxismo y el anarquismo ya no eran simples conjuntos de teorías y principios en las cabezas de un agitador ruso exiliado y de un sabio alemán, sino movimientos políticos reales que tenían que organizarse, movilizarse y mantenerse unidos en condiciones adversas, y que tenían que competir entre sí por apoyo.

En España, el movimiento anarquista más grande del mundo competía por los corazones y las mentes de los obreros con el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), guiado por las ideas del marxismo. En este sentido, España, con sus organizaciones anarquistas de masas, era diferente de otros países europeos donde el anarquismo era o una tendencia minoritaria en el movimiento obrero, como en Italia, Rusia o Francia, o un fenómeno marginal, principalmente intelectual, como en la mayoría de la Europa germánica y en los Balcanes. La ruptura en la izquierda española entre anarquistas y socialistas tenía una larga historia y se remontaba a los días de la Primera Internacional.¹³

Bakunin, depositando sus esperanzas en el carácter amante de la libertad de los pueblos latinos, había enviado en 1868 a su talentoso agitador italiano Giuseppe Fanelli a esparcir su movimiento al sur de los Pirineos. Compensando su desconocimiento de la lengua española con una fe inquebrantable en la anarquía y mucha gesticulación, Fanelli fue capaz de conquistar a varios jóvenes en Madrid y Barcelona, dejando algunas copias de los textos fundamentales de su mentor ruso. Las semillas para un movimiento de masas se habían sembrado. El credo se extendió como la pólvora, especialmente en la Andalucía rural y en la Cataluña industrial.¹⁴ Preocupado por el éxito de su rival en la península ibérica, Marx envió a su yerno Paul Lafargue, un comunero proscrito, a España en 1871. Habiendo crecido en Cuba, Lafargue hablaba un buen español, y fue capaz de crear un grupo marxista en Madrid en torno a la asociación de tipógrafos. Este fue el germen del PSOE. Los socialistas pronto cobraron fuerza en la capital burocrática de Madrid y en áreas rurales del centro de España, así como en las regiones industriales de Asturias y Vizcaya.¹⁵

En Madrid, bajo la autoridad de la mano derecha de Lafargue, el tipógrafo Pablo Iglesias, el PSOE evolucionó hasta convertirse en un partido «frío, esquemático y formulario», como lo expresó el revolucionario español Joaquín Maurín, que, imitando la deriva reformista de la Segunda Internacional, había evitado silenciosamente los principios más radicales del marxismo para adoptar una estrategia gradualista y reformista hacia el socialismo.¹⁶ Se involucró tenazmente en la política parlamentaria española, que era notoriamente corrupta, y, con poco éxito, exigió reformas a un Estado ineficaz, autoritario y atrasado.¹⁷

Los libertarios españoles, por el contrario, adoptaron una visión quijotesca de una revolución inmediata y radical. Siempre estaban preparados para organizar levantamientos revolucionarios, convocar huelgas generales, y proclamar la llegada de la anarquía. Las reformas no podían lograrse por llamamientos cortesés, sino que se debían arrebatar a los capitalistas mediante la acción directa. La participación de los libertarios en el movimiento sindical de los años 1900 con el surgimiento del sindicalismo revolucionario se basó en un enfoque intransigente del conflicto industrial. Muchos anarquistas también estaban preparados para dirigir la revolución por la fuerza del revolver, y floreció un inframundo de terrorismo anarquista. Rechazaban completamente el estado y el sistema político como la fuente última del mal y de la opresión, y (no sin razón en la España de la Restauración) atacaron la política parlamentaria como una farsa absoluta.¹⁸

En estas condiciones, el atractivo fundamental del anarcosindicalismo respecto al socialismo moderado del PSOE yacía en su radicalismo. «El sindicalismo», según observó el presidente conservador del Consejo de Ministros Romanones, «representa una rebelión contra el socialismo político y parlamentario».¹⁹ No fueron tanto sus ideas de libertad y su rechazo de la dictadura del proletariado lo que lo hacía más popular que el marxismo oficial, como su oposición generalizada a la política burguesa, su enfoque militante de la lucha de clases, y su promesa de emancipación inmediata.²⁰

La comprensión de los anarquistas españoles del marxismo como un movimiento reformista y burocratizado se basaba en su relación con el PSOE. La vida interna en el Partido Socialista era notablemente plana, y, a diferencia de otros partidos socialistas europeos, no había ninguna tendencia izquierdista importante dentro del movimiento. La experiencia de la Primera Guerra Mundial reforzó esta perspectiva gris. Aunque España se mantuvo neutral en el conflicto, el PSOE se pronunció a favor de la intervención en el bando de los aliados. La mayoría de los anarquistas, con la excepción de una pequeña minoría, se opusieron categóricamente a la guerra e hicieron campaña por la paz a través de una revolución paneuropea. La vacilación de la dirección socialista durante la huelga general de agosto de 1917 y su complacencia con los liberales y los republicanos profundizó el abismo entre el PSOE y la CNT y reforzó la apariencia colaboracionista de clases de los marxistas españoles.²¹

Cuando las noticias de la Revolución Rusa sacudieron España en 1917, la cuestión de la dictadura del proletariado que había dividido a Marx y a Bakunin quedó casi olvidada. La mayoría de los socialistas habían abandonado el término, que resultaba desagradable para su temperamento conciliador. Los debates y enfrentamientos entre anarquistas y marxistas giraban en torno a cuestiones sobre la participación parlamentaria, el reformismo, y el problema de las burocracias partidistas. La cuestión de la dictadura, como observó el historiador Álvarez Junco, era «secundaria» únicamente «resurge de cuando en cuando» en los debates con los socialistas.²²

La relación de los libertarios con el marxismo del PSOE hizo difícil comprender la muy diferente corriente revolucionaria del socialismo que venía del este. El bolchevismo parecía hacer todo lo que los anarquistas habían defendido, y todo a lo que el PSOE se había opuesto sistemáticamente: deshacerse de un gobierno republicano moderado en nombre de la revolución social, empoderar a los soviets de trabajadores, llamar a los pueblos de Europa a detener la guerra mediante la revolución, darle la tierra a los campesinos y las fábricas a los obreros, etc.²³ Como comentó en

1921 el cenetista Francisco Jordán, uno de los primeros libertarios españoles en evaluar críticamente la cuestión de la dictadura del proletariado:

Karl Marx fue el primero en proponer la dictadura del proletariado, pero esta idea fue olvidada por sus discípulos, quienes, por el contrario, siempre estuvieron a favor de la legalidad y eran hostiles a la transformación violenta de la sociedad. ¡La III Internacional tiene el honor de haber desempolvado este «texto!»²⁴

Esto no quiere decir que el ideal de libertad y dignidad absoluta no fuera importante para los anarquistas españoles; era uno de los pilares de su visión del mundo. Pero iba latentemente en contra del espíritu radical y violento del movimiento. Chris Ealham ha observado que había una contradicción fundamental en la filosofía anarquista ibérica. Por un lado, rechazaba toda autoridad y defendía la dignidad y autonomía de todos los individuos, mientras que al mismo tiempo predicaba, con la pistola en la mano, la destrucción violenta de la burguesía. Como la Biblia, el anarquismo español predicaba el amor por tu prójimo sin traer la paz, sino la espada.²⁵ Esta contradicción en el movimiento libertario no era evidente. De hecho, antes de 1917 su radicalismo y sus tácticas militantes se complementaron con su amor por la libertad. Ambas almas podían reconciliarse siempre que la revolución se imaginara como un único acto radical en el que la burguesía sería desarmada rápidamente y que daría paso a una sociedad sin clases y sin Estado.²⁶

La Revolución y la Guerra Civil Rusa complicaron la perspectiva anarquista de la revolución. La revolución no sería indolora y rápida, sino que sería una lucha prolongada contra las clases propietarias que requeriría disciplina y coerción.²⁷ La disonancia entre la defensa de la libertad absoluta y la necesidad de la violencia y la coacción fue, a la luz de la Revolución Rusa y las convulsiones sociales que pronto comenzaron a sacudir España, resuelta a favor de la violencia.²⁸

Una Evaluación Temprana de la Dictadura Bolchevique

La CNT, y especialmente las tendencias más radicales dentro de ella, recibieron con entusiasmo la noticia del levantamiento bolchevique. El 14 de noviembre de 1917, el semanario anarcosindicalista barcelonés *Tierra y Libertad* saludó con entusiasmo la revolución en un artículo de primera plana. «La vieja sociedad se hunde allá en Rusia; no tardará en seguir el desplome por todas partes, porque el ejemplo es contagioso y el éxito anima». La revolución fue caracterizada en términos vagos como anarquista: «han puesto en práctica los principios de justicia e igualdad del comunismo anarquista».²⁹ Este entusiasmo estuvo presente en la mayoría de la prensa anarcosindicalista.³⁰ Como señaló el testigo contemporáneo Díaz del Moral, tras la victoria bolchevique era difícil encontrar una publicación libertaria «que no llene sus columnas con noticias y fervientes loas de la gran revolución».³¹ Manuel Buenacasa, anarcosindicalista y miembro del Comité Nacional de la CNT, describió el ambiente de la época: «¿Quién en España, siendo anarquista, no se llamó a sí mismo bolchevique?»³²

A medida que informes más detallados sobre la Revolución Rusa empezaron a llegar a España a comienzos de 1918, se hizo claro que los bolcheviques no era anarquistas, sino socialistas radicales. A pesar de que afirmaban ser marxistas, los bolcheviques rusos destacaban como un animal raro para los anarquistas españoles, a quienes les resultaba difícil situarlos ideológicamente. Su marxismo era muy diferente del del PSOE. El término bolchevique se tradujo (igual que en la mayoría de Europa) como «maximalista», enturbiando las aguas. «Los maximalistas rusos (bolcheviki)», decía *Tierra y Libertad*, «forman un partido de muchos millones de anarquistas, y que en realidad no todos lo son, pues está integrado también por muchos socialistas [...] verdaderamente revolucionarios».³³

Al mismo tiempo, la dirección socialista española recibía las noticias de la Revolución de Octubre con una hostilidad apenas velada. La oposición de los «políticos socialistas» al gobierno de Lenin reforzó la idea de que los bolcheviques eran el equivalente ruso de los anarquistas españoles, y que los mencheviques reformistas eran la contraparte rusa del PSOE.³⁴

Las diatribas antibolcheviques que abundaban en la prensa conservadora y liberal española ayudaron a inflamar a los anarquistas. El debate sobre Rusia se volvió extremadamente polarizado y dejó poco espacio para matices.³⁵ Los informes sobre el despotismo de las autoridades soviéticas fueron descartados como propaganda. El libertario Eusebio Carbó comentó años después:

Estábamos convencidos de que aquello a lo que la prensa se refería como dictadura del proletariado, combatiéndola a espada y fuego, no era más que el pueblo ruso, completamente en control de su propio destino, tomando decisiones en asambleas de masas.³⁶

A la luz de esto, no es sorprendente que la mayoría de los anarquistas comenzara a aceptar el concepto bolchevique de la dictadura del proletariado, así como otras medidas del gobierno de Lenin como la «repartición negra» de tierra a los campesinos, la socialización de la industria, o los intentos de poner fin a la guerra mundial.³⁷

Además, si bien los bolcheviques no habían eliminado el poder político, el nuevo estado que habían establecido no era un gobierno convencional, sino un régimen revolucionario radicalmente nuevo basado en los soviets. Estos últimos fueron concebidos como lugares de democracia de masas. A los ojos de los libertarios españoles, los soviets encajaban con la comuna bakuninista o con el sindicato anarcosindicalista. Muchos cenetistas se sintieron tentados a insinuar que la CNT era la personificación española del soviets. Manuel Buenacasa afirmó que «los soviets son el equivalente ruso de las federaciones obreras españolas».³⁸

La Guerra Civil Rusa

La intensificación de la Guerra Civil Rusa, de la que se informó con mucho interés por la prensa tanto burguesa como obrera en España, y que era seguida «día a día, hora a hora» solo reforzó la persuasión de la dictadura comunista a los ojos de los cenetistas.³⁹ La revolución estaba en peligro y debía ser defendida por la fuerza.

Los anarquistas lanzaron una campaña contra la intervención extranjera en la guerra, y una avalancha de manifiestos y resoluciones en solidaridad con los bolcheviques llenaron la prensa libertaria. Por ejemplo, *Solidaridad Obrera* de Barcelona, el órgano oficial de la CNT, hizo un llamamiento a «todos los defensores de la Rusia roja» para «agruparnos y salir al paso de esta ola de cieno que quiere envolver al eximperio libertado».⁴⁰ Los anarcosindicalistas rurales de la Federación Nacional de Agricultores (FNA) emitieron una declaración en su congreso nacional de diciembre de 1918 amenazando con «una rebelión violenta» si el gobierno español se atrevía a enviar tropas a Rusia.⁴¹ El Congreso Nacional de la CNT de diciembre de 1919 aprobó una larga resolución anunciando un boicot de todas las armas enviadas de España a los Ejércitos Blancos contrarrevolucionarios de Rusia: «ni una sola bala, ni un solo rifle destinado a luchar contra la Revolución Rusa puede abandonar los puertos españoles».⁴² Esta resolución fue principalmente simbólica, ya que España no ofreció apoyo directo a los Ejércitos Blancos, pero su tono y convicción hablan de las pasiones despertadas por la Guerra Civil Rusa.

La amenaza de la contrarrevolución parecía reivindicar la necesidad de autoridad y disciplina. Al calor de la virulenta lucha que tenía lugar en Rusia, las editoriales de *Tierra y Libertad* anunciaban que el establecimiento de la auténtica anarquía:

Requerirá un largo periodo revolucionario de años durante los cuales los anarquistas deberán constituirse en *Autoridad* y ejercer de *jefes* para asegurar el triunfo de la revolución, que será la guerra entre el mundo viejo y el nuevo, y es indudable que toda guerra necesita de jefes y autoridad.⁴³

Estos pasajes (*mutatis mutandis*) bien podrían haber sido extraídos de *El Estado y la Revolución* de Lenin, que fue traducido al español en marzo de 1920 y que se convirtió, en palabras de un destacado cenetista, en el «puente doctrinal» entre el anarquismo y el bolchevismo.⁴⁴

La Revolución Rusa fue discutida extensamente en el Congreso Nacional de diciembre de 1919 celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid. Fue allí donde la CNT oficialmente se afilió a la III Internacional y proclamó su apoyo a la Rusia Soviética. Una de las tesis del congreso trataba de la dictadura del proletariado:

La Revolución Rusa, en principio, encarna los ideales del sindicalismo revolucionario. Abolió los privilegios de clase y casta dando poder al proletariado, para que los propios trabajadores puedan garantizar su propia felicidad y bienestar a los que indisputablemente tienen derecho, implantando una dictadura proletaria transicional para asegurar la conquista de la revolución. Esta reunión declara: Que el II Congreso de la CNT debe unirse incondicionalmente con la Revolución Rusa.⁴⁵

Esta tesis suscitó un acalorado debate, en el sentido de que fue seguida por una resolución menos categórica anunciando el respaldo condicional de la CNT a la III Internacional, y reafirmando las credenciales libertarias de la organización. Sin embargo, el mero hecho de que el presídium de una reunión nacional de la CNT presentara una tesis abrazando la dictadura del proletariado tiene una importancia extraordinaria. Varios delegados hablaron a favor de la tesis. Uno de los asistentes comentó: «Siempre he sido anarquista [...] pero, concretamente, debemos aceptar la violencia, porque es una parte necesaria de la sociedad en la que vivimos; necesitamos aceptar la dictadura de clase, aun siendo libertarios».⁴⁶ El citado Carbó también tomó la palabra para proclamar su amor por la dictadura: «Justificamos la dictadura; admiramos la dictadura; deseamos que venga la dictadura».⁴⁷

Todavía en abril de 1921, un Pleno Nacional de la CNT al que asistieron delegados de la mayor parte del país defendió «la dictadura del proletariado ejercida por los sindicatos de la CNT».⁴⁸ Esto se produjo en un momento en el que estado de ánimo de los anarquistas hacia la Revolución Rusa estaba comenzando a cambiar, y los acuerdos del pleno de abril fueron repudiados con vehemencia un año después. No obstante, revela que aún en la primavera de 1921 la noción de la dictadura del proletariado seguía teniendo una fuerte influencia entre muchos cenetistas.

El ejemplo de Rusia no solo mostró que la resistencia capitalista hacia la revolución sería feroz, sino que también reveló que en las condiciones de pobreza, ignorancia y ruina económica que parecían reinar en Rusia, la implementación inmediata de la anarquía estaba fuera de cuestión. *Tierra y Libertad* observó que «por supuesto, el régimen social implementado por los revolucionarios rusos no es la anarquía, porque la anarquía no puede existir sin un alto nivel de cultura y moralidad del que carece el pueblo ruso».⁴⁹

Violencia, Represión y Dictadura

El aplastamiento del levantamiento espartaquista en Alemania, la guerra civil en Finlandia, y la guerra contra el régimen comunista de Béla Kun en Hungría parecían reivindicar la necesidad de una autoridad coercitiva después de que el capitalismo fuera derrocado. Estos eventos también aumentaron las expectativas revolucionarias de los españoles: la oleada de transformación no era simplemente una particularidad rusa sino un fenómeno mundial que podía ser replicado en España.⁵⁰

La continuación de la Primera Guerra Mundial hasta noviembre de 1918 también moldeó la percepción de la violencia por parte de los anarquistas. Las clases gobernantes que habían arrojado a millones de hombres a sus muertes seguramente estarían preparadas a llegar a los extremos para proteger sus privilegios. *El Libertario*, de Barcelona, comentó: «durante la guerra, algunos países neutrales fueron capaces de escapar del inmenso conflicto, aunque el periodo de posguerra será diferente, porque todos los países, neutrales o no, afrontarán calvarios y la violencia continuará —lo que pasa es que los campos de batalla habrán cambiado».⁵¹

Sin embargo, lo más importante era que la necesidad de una dictadura obrera parecía estar respaldada por la intensa represión que la CNT comenzó a padecer en España. En 1919, se desató una ola de arrestos, tortura y asesinatos contra el movimiento anarcosindicalista. La represión fue más fuerte en Barcelona, donde el Gobernador Martínez Anido operaba con virtual autonomía del gobierno central. Suspendió garantías constitucionales y, ayudado por una cocina de ladrones de terroristas de derechas, se dispuso a aplastar el movimiento obrero. Cientos de activistas fueron asesinados y miles encarcelados.⁵²

Esta violencia solía ir unida a los casos de Terror Blanco vistos en Europa Central y Oriental. El Comité Nacional de la CNT, en su llamamiento al proletariado internacional, comparaba el sufrimiento de los españoles con el Terror Blanco de Finlandia y Hungría: «Camaradas, veis que la burguesía española no tiene nada que envidiar a las ignominiosas y sangrientas burguesías de Hungría y Finlandia».⁵³

Estas comparaciones entre la contrarrevolución en Europa Central y Oriental y en España también se hacían en el extranjero. El semanario sindicalista parisino *La Vie Ouvrière* observó que «ahora que la Rusia zarista ya no existe, la España católica se está esforzando en ocupar su lugar».⁵⁴ El Comité Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja, el frente sindical de la III Internacional, reconoció que «la contrarrevolución en España ha superado ampliamente los años más oscuros del absolutismo ruso».⁵⁵

En estas condiciones virulentas, no es sorprendente que la idea de una dictadura obrera se mantuviera firme entre muchos militantes. Como el anarquista Gaston Leval reflejó críticamente en sus memorias, «la CNT estaba dominada por la lucha de clases inmediata [...]. No se ocupó de cuestiones teóricas o doctrinales que atenuaran la conciencia crítica de las masas militantes sobre el bolchevismo».⁵⁶ Los despiadados métodos de los bolcheviques para combatir la contrarrevolución parecían convenientes. Andreu Nin, secretario general de la CNT en 1921, recordó que «mientras estaba en prisión a principios de 1920, me presentaron los planes de varios grupos anarquistas para crear un Ejército Rojo español».⁵⁷ Tal vez continuando estos planes, la delegación de la CNT en Rusia en 1921 asumió abiertamente el mandato de «tratar de conseguir armas soviéticas para la confederación».⁵⁸

Las actitudes autoritarias y el lenguaje del odio de clase que proliferaron en la CNT en este periodo fueron indudablemente condicionados por las luchas sociales violentas de estos años. Como aclaró Stephen Smith en su estudio comparativo de la Rusia y China revolucionarias, «una polarización de la sociedad produjo una polarización del lenguaje político».⁵⁹ Este también era el caso en España. El anarquista militante F. Barthe, escribiendo para *El Comunista* de Zaragoza, el órgano regional de la CNT en Aragón, relacionó de manera conmovedora «el odio feroz, el lenguaje macabro» de los trabajadores con los «criminales ataques» de las «clases privilegiadas». Estaba escribiendo después del asesinato del trabajador en huelga Ramón Tarragó por terroristas de derechas, que había «conmocionado» a Barthe y le había producido «una intensa explosión de odio».⁶⁰

Euforia y Precaución

Hasta finales de 1920, el apoyo a la Revolución Rusa de los anarquistas españoles era prácticamente unánime. No obstante, algunas voces se mostraron más entusiastas que otras. La vieja guardia sindicalista, especialmente la radicada en torno a Barcelona, fue la más cautelosa. Esta tendencia, agrupada en torno al papa del movimiento obrero catalán, Salvador Seguí, estaba interesada sobre todo en convertir a la CNT en una organización fuerte y unificada. Desconfiaba del aventurismo revolucionario que los sucesos rusos podían inspirar.⁶¹ «En Rusia ha sucedido algo que no podemos desear que les suceda ni a los españoles ni a ningún otro pueblo», advertía Seguí, «que es la clara incapacidad, la falta de preparación [...] para la orientación socialista de la producción».⁶²

Esta vieja guardia también estaba más versada en la doctrina anarcosindicalista, y sospechaba del impulso centralizador de los bolcheviques y de su fijación con establecer partidos comunistas en el extranjero. «No podemos ver en la Revolución Rusa la concreción práctica de nuestras aspiraciones ideológicas», afirmaba el cenetista asturiano Eleuterio Quintanilla en 1919, porque había sido llevada a cabo por un partido político y los sindicatos habían sido «subordinados a las necesidades del poder».⁶³

Es importante señalar que, a pesar de sus críticas, tanto Salvador Seguí como Eleuterio Quintanilla afirmaron admirar la revolución bolchevique, refiriéndose a ella como una «hazaña asombrosa y gigantesca», y como «el suceso más fundamental y transcendental de nuestros días». Curiosamente, ninguno de los dos desafió directamente la noción de la dictadura del proletariado.⁶⁴

En este periodo de optimismo revolucionario, la CNT creció dramáticamente. Cientos de miles de nuevos miembros inundaron sus filas, y una generación de activistas anarcosindicalistas se fortaleció en estos años. Los nuevos elementos jóvenes, extremadamente radicalizados por los eventos en Rusia y por el auge de movilización obrera en España, situados en la primera línea de las violentas luchas de la época, y menos imbuidos de la ideología anarquista que los veteranos, se convirtieron en los entusiastas más impulsivos del régimen soviético. «La juventud», según observó el cenetista Pere Foix, «intoxicada por nuestra propia excitabilidad, era atraída hacia el imán de la revolución de 1917».⁶⁵

En estos años, los extremistas de la CNT chocaban repetidamente con los moderados. Exaltados como Manuel Buenacasa o Evelio Boal ascendieron hasta los órganos dirigentes de la confederación en 1918-19 e influyeron en el resultado del Congreso Nacional de diciembre de 1919, en detrimento de pragmáticos como Salvador Seguí, Ángel Pestaña y Eleuterio Quintanilla. Los radicales frustraban la colaboración con los sindicatos socialistas, condenaban la participación en las juntas de conciliación promovidas por el gobierno y, de hecho, aseguraron la

afiliación a la III Internacional. La Revolución Rusa suponía un útil ariete contra los elementos más conciliadores de la CNT, estimulando aún más las proclamas probolcheviques.⁶⁶

Los sectores intransigentes de la organización eran, paradójicamente, los más probolcheviques, pero también los más ferozmente bakuninistas. Pero, como clarificó Gerald Meaker, «la cuestión más profunda aquí era la de revolución contra reforma: los anarcosindicalistas favorecieron a los bolcheviques porque ellos mismos eran revolucionarios; los sindicalistas eran más fríos con Moscú porque eran todo lo contrario».⁶⁷ La línea divisoria clave era el temperamento, y no las afinidades ideológicas formales. El semanario anarquista *El Comunista*, órgano de la federación comunista libertaria de Asturias, bramó: «Maximalistas, bolcheviques, comunistas libertarios, espartaquistas —¡qué importa el nombre si lo importante son los principios! Nosotros fuimos los primeros en apoyar a la Revolución Rusa, en adorarla en sus inicios».⁶⁸

La represión, combinada con el carácter antiburocrático del movimiento, provocaba frecuentes reorganizaciones en los niveles superiores de la organización, que ascendían a los nuevos miembros a los órganos dirigentes.⁶⁹ Neófitos enamorados con la Rusia Soviética como Andreu Nin o Joaquín Maurín se dieron a conocer en este contexto, convirtiéndose respectivamente en los secretarios general y catalán de la CNT a principios de 1921. No obstante, sería incorrecto responsabilizar a Nin y Maurín de la adhesión continuada de la CNT a la III Internacional, como algunos autores han sugerido.⁷⁰ El apoyo a la Revolución Rusa era generalizado, y precedía a su ascenso en las filas del movimiento. Así mismo, ni Nin ni Maurín eran atípicos: Representaban la expresión más destacada del apoyo generalizado a la Revolución Rusa existente entre muchos jóvenes cenetistas.⁷¹

El extraordinario crecimiento de la CNT no era ajeno a su capacidad para presentarse como la contraparte española de los bolcheviques y como los precursores de la revolución social que muchos anticipaban, un hecho al que se ha aludido, pero no explicado suficientemente, en la literatura existente.⁷² Un informe policial enviado al presidente Romanones tras la huelga de La Canadiense afirmaba que:

El sindicalismo total es un hecho. No es cierto que los trabajadores estén siendo engatusados para que se afilien a los sindicatos. [...] Hay que reconocer que detrás de esta fuerza se esconde una pasión revolucionaria, que se hará cada vez más intrépida dependiendo de lo que suceda en Rusia.⁷³

En estos años surgió un sinnúmero de periódicos probolcheviques en el seno del movimiento libertario. Fundados por círculos pequeños de activistas más jóvenes, solían ser publicaciones fugaces, que desaparecieron en su mayoría con la ola de represión de 1920. La literatura existente ha tendido a enfocarse en los periódicos emblemáticos del movimiento, *Solidaridad Obrera* y *Tierra y Libertad*, ignorando las publicaciones locales y posiblemente ayudando a infravalorar la inclinación de la CNT por la dictadura bolchevique.⁷⁴ Estos periódicos reflejan las fantásticas expectativas despertadas por la revolución bolchevique y el atractivo de la dictadura comunista entre gran parte del asediado cuadro de la CNT. Reflexionando sobre los eventos en Rusia al calor de la guerra con Polonia, *El Comunista*, el órgano de la federación comunista libertaria de Asturias, comentaba:

Rusia, Austro-Hungría, Alemania y Armenia están siendo sacudidas por una gran tormenta social, por el arrollador huracán que está derrocando monarquías y bolsas, palacios y bancos poderosos. [...] No debemos hacernos ilusiones. La burguesía es poderosa, y la lucha será prolongada y dura. La reacción se defiende con fuerza.⁷⁵

Una posición similar fue expresada un año después por *Vida Obrera*, el órgano de la CNT en Asturias:

A pesar de nuestro idealismo y del hecho de que soñamos con una sociedad sin violencia ni coerción, sin injusticia, es a través de la violencia, usándola sin piedad, sin pedir disculpas, aceptando la responsabilidad de explotarla al máximo, como debemos luchar hoy. [...] Haremos la revolución violentamente, no hay otro camino.⁷⁶

Un corresponsal del órgano regional de la CNT en Aragón propuso de manera similar la violencia y la coerción revolucionaria:

Por cada ojo, miles de ojos. Por cada diente, aplastaremos cientos de dientes [...] Aquel que no rechace la ética y el proceder de la sociedad conservadora se convertirá en nuestro enemigo, incluso si es pasivo y aparenta ser indolente. En la guerra, disparas al traidor, al desertor, al tráfuga y al ocioso [...]. Nosotros deberíamos hacer lo mismo. Aquellos que no elijan bando serán considerados nuestros enemigos.⁷⁷

La fibra más mesiánica probablemente la tocó *Bandera Roja*, de Barcelona, quien se describían a sí mismo como un «periódico anarquista revolucionario». Este se deshacía en elogios hacia la destrucción violenta de la civilización capitalista:

Si para conquistar derechos necesitamos romper cráneos, abrir los gordos vientres de los tiranos codiciosos, si para liberar a los seculares esclavos somos empujados al extremo de levantar barricadas con cadáveres despedazados por la metralla de sus cañones y los proyectiles de nuestras bombas, y las llamas de nuestros fuegos llenan los cielos, así lo haremos, sin vacilar ni un segundo en nuestra misión, sin ceder una pulgada de suelo conquistado a los enemigos de la libertad. [...] Trabajador, guarda tu energía para las batallas del futuro, las batallas que los obreros de la Rusia liberada están librando hoy, trabajador, no te entristezcas por el asesinato de aquellos que siempre te han oprimido.⁷⁸

Ni siquiera las primeras noticias sobre la represión soviética del movimiento anarquista ruso disminuyeron la convicción de los extremistas. La oposición de Piotr Kropotkin a la Revolución de Octubre y sus protestas contra el autoritarismo bolchevique fueron ignoradas en un primer momento por los radicales de la CNT. Manuel Buenacasa, la voz más autorizada del bando extremista de la organización, acusó a Kropotkin de realizar críticas poco constructivas y de contribuir «a restablecer la peor forma de régimen burgués».⁷⁹

Sin embargo, había una discrepancia con la dictadura bolchevique que compartían la mayoría de los cenetistas, tanto extremistas como moderados. Si bien se aceptaba la dictadura del proletariado, esta no debía ser ejercida por un partido político sino por los sindicatos, genuina de la voluntad de la clase obrera. Quintanilla criticó la dictadura bolchevique debido a que esta era ejercida por «un partido político», en lugar de ser «una auténtica dictadura popular».⁸⁰ De manera similar, Seguí señaló: «la dictadura, aceptando su necesidad [...] debe ser ejercida por los sindicatos, porque aprovechan la fuerza de toda la clase».⁸¹ Los extremistas hicieron un análisis similar:

Una vez la revolución triunfe y se implemente la dictadura del proletariado [...] la primera medida para organizar la vida productiva debería ser la socialización general de todos los bienes, que deberán pasar a ser administrados por los respectivos sindicatos. [...] Nadie puede recopilar estadísticas detalladas de la producción mejor que los sindicatos.⁸²

Esta advertencia sobre los partidos políticos era importante. Como se explicó anteriormente, los anarquistas españoles se habían presentado a sí mismos como la alternativa revolucionaria al marxismo reformista del PSOE. La oposición a la política partidista se había convertido en una piedra angular de la ideología libertaria española. Si bien los anarquistas pudieron llegar a aceptar

la noción de la dictadura proletaria, la llamada bolchevique a crear partidos comunistas era un mal trago. Años después, el activista comunista Pérez Solís se quejó de que sus camaradas del PCE provenientes de la CNT «no pueden soportar el carácter político del partido —especialmente su aspecto parlamentario».⁸³

La CNT mostraba algunas de las características de la izquierda radical europea en la coyuntura turbulenta creada después de 1917, que, en un contexto de volatilidad, movilización y radicalización popular, y dramáticos realineamientos políticos, creaba posibilidades para la rápida expansión de las organizaciones revolucionarias, pero también planteaba grandes dificultades para consolidar los avances a medio plazo una vez que la marea alta menguó.⁸⁴

Podría decirse que el auge de la CNT era la expresión española de un proceso europeo de radicalización que tomó múltiples formas pero que estuvo estrechamente asociado en todas partes a la influencia de la Revolución Rusa. No es sorprendente que estas tendencias extremistas aparecieran en España bajo la apariencia del anarcosindicalismo, al ser este un país en el que la división entre revolucionarismo y reformismo se superponía en gran medida con la frontera entre libertarios y socialistas. Por tanto, de forma paradójica, la defensa más ardiente del régimen soviético y el impulso para replicar el acto ruso en España vinieron del lado anarcosindicalista, particularmente de los sectores más jóvenes y radicalizados del movimiento. De hecho, el enamoramiento de la CNT con la Rusia Soviética en 1917-21 coincidió con el reforzamiento de su identidad anarquista.⁸⁵

El Giro Contra la Dictadura Bolchevique

Hay pruebas de que, para otoño de 1920, el ánimo entusiasta de la CNT frente a la Revolución Rusa había comenzado a amainar. No obstante, esto coincidió con un periodo de persecución intensa, que dejó de lado la cuestión del bolchevismo.⁸⁶ De hecho, en dos Plenos Nacionales de la CNT celebrados en Barcelona en abril y en octubre de 1921 se continuó proclamando el «firme y decidido» apoyo de la CNT a la Internacional de Moscú.⁸⁷ En el verano de 1921, la represión disminuyó un poco y la CNT fue capaz de recuperar el aliento. Se reorganizaron agrupaciones regionales como las de Zaragoza, Madrid, Alcoy y Vizcaya, menos afectadas por la represión de las autoridades que la sección catalana. Estas estaban bajo el control de los anarcosindicalistas de línea dura liderados por Manuel Buenacasa y Galo Díez, quienes, después de su encaprichamiento inicial con el régimen soviético, ahora eran ferozmente antibolcheviques. Los semanarios *Nueva Senda*, de Madrid, y *Redención*, de Alcoy, se convirtieron en los portavoces del recién adquirido antibolchevismo de estos anarquistas.⁸⁸

En 1920-21 llegaron a España informes críticos sobre la arbitrariedad de los bolcheviques, y especialmente sobre el trato dado a los anarquistas rusos. Las organizaciones sindicalistas estaban siendo visiblemente marginadas y mutiladas dentro de la III Internacional. El relato condenatorio publicado en otoño de 1921 por Ángel Pestaña, el primer delegado de la CNT a la Rusia Soviética, causó una profunda impresión entre los cenetistas. Además, estos informes llegaban en un periodo de cansancio y desmoralización para el movimiento obrero español, que disipaba el optimismo descuidado de los años anteriores. El surgimiento de partidos comunistas promovidos por Moscú que competían por el mismo público que los anarquistas aumentó las tensiones entre anarquistas y bolcheviques a nivel internacional.⁸⁹

En el verano de 1921 los sectores más duros de la CNT comenzaron a reconocer que «un abismo nos separa del régimen soviético [...], un abismo de principios filosóficos».⁹⁰ En otoño, los extremistas presionaron por una «profilaxis sindicalista» para eliminar a los elementos probolcheviques de la confederación.⁹¹ Lanzaron una campaña a favor de la desafiliación de la CNT de la III Internacional, que formalmente tuvo lugar en junio de 1922 durante la Conferencia

Nacional de Zaragoza. El temprano entusiasmo que el anarcosindicalismo español había sentido por la Revolución Rusa fue pasado por alto, según las palabras de Chris Ealham, como un «mal sueño», evocado por el fervor revolucionario general y por la falta de conocimiento sobre la situación real en Rusia.⁹² La herejía bolchevique que se había apoderado del movimiento debía ser exorcizada.

La crítica de la dictadura del proletariado pasó a ser un elemento importante en la polémica con los bolcheviques. Muchos anarquistas rechazaron categóricamente la dictadura obrera como una noción autoritaria contraria al espíritu emancipatorio del anarquismo. «¡No queremos una dictadura, abajo con los tiranos, se llamen como se llamen!» exclamaron los editores de *Redención*. Argumentaban que la dictadura no era necesaria para combatir la contrarrevolución, ya que «si desposeemos a la burguesía de capital y autoridad, que son las fuentes de su poder [...] se volverán impotentes».⁹³ La ruptura entre Marx y Bakunin fue reevaluada: «No estamos de acuerdo con Marx y sus seguidores, porque quieren socializar la producción bajo el gobierno del Estado».⁹⁴

No obstante, no todos los libertarios antibolcheviques eran tan categóricos. Algunos siguieron aceptando que, a la luz de los eventos en Europa y Rusia, una dictadura obrera tradicional podría ser necesaria para defender la revolución. Por ejemplo, el famoso cenetista Galo Díez reconoció hipotéticamente la necesidad de una «dictadura transicional tras la revolución», pero esta debía ser dirigida por «hombres educados [...] en los principios del anarquismo».⁹⁵

Para Galo Díez el problema de la dictadura soviética era su control por parte de un partido político burocratizado. Una dictadura transicional era aceptable siempre y cuando fuera organizada directamente por la clase obrera a través de los sindicatos. De hecho, la manzana de la discordia más espinosa con los bolcheviques no era la dictadura obrera como tal, sino la cuestión de los partidos políticos. En la Rusia Soviética, el partido comunista y su ejército de funcionarios estaban al mando, ejerciendo su dictadura «sobre el proletariado». La represión ejercida contra los anarquistas y la izquierda disidente rusos parecían corroborar esta impresión.⁹⁶

En la III Internacional, los bolcheviques prescribieron la creación de partidos comunistas en todos los países. Esto era contradictorio con el antipoliticismo tradicional de los anarquistas españoles y su oposición histórica a las tácticas parlamentarias del PSOE. En Moscú, el delegado español Ángel Pestaña le recordó a Zinóviev que la «legendaria lucha» de la CNT contra los partidos políticos era «uno de nuestros sellos distintivos más gloriosos».⁹⁷

Para empeorar la situación, los partidos comunistas debían participar en las elecciones parlamentarias: «mientras esperamos a las órdenes del Partido Comunista de hacer la revolución», se quejaba el anarquista Bruno Lladó, «tenemos que votarles como si fuéramos un rebaño de ovejas».⁹⁸ La ISR fue denunciada como una «falsa organización» destinada a «servir a los intereses del partido comunista».⁹⁹ Las cosas empeoraron con las exhortaciones hechas a las secciones de la III Internacional después de 1921 a formar frentes unidos con la socialdemocracia. En España, esto significaba unir fuerzas con el PSOE y su frente sindical, la UGT, «quienes han adoptado una actitud abiertamente contrarrevolucionaria de colaboración con los gobiernos burgueses».¹⁰⁰

Al desacuerdo ideológico que causaba que la idea de los partidos políticos resultara desagradable se le combinó la rivalidad con el PCE, creado como un organismo unificado en noviembre de 1921. Aunque siguió siendo una organización pequeña y dividida durante los años veinte, fue capaz de llevar a cabo algunos avances modestos en el movimiento obrero. La rivalidad del PCE, que se presentaba como la contraparte española de los victoriosos comunistas rusos debió incrementar la sensación de inseguridad de los activistas libertarios en una época difícil.¹⁰¹

La mayor parte de la historiografía sobre el movimiento anarcosindicalista español y europeo ha afirmado que el punto central de controversia con los bolcheviques eran las cuestiones de principios relativas a la deriva dictatorial del régimen soviético.¹⁰² Reiner Torstoft, en su importante estudio sobre la ISR, ha sostenido que, si bien las cuestiones de principios eran importantes, el factor clave que agrió las relaciones entre anarquistas y bolcheviques fue el surgimiento de partidos comunistas en toda Europa en 1919-21. Estas nuevas organizaciones solían competir con los anarcosindicalistas por un público similar, y eran privilegiados por Moscú como sus contrapartes oficiales en el extranjero.¹⁰³

Para la CNT, que se había aprovechado del atractivo de la Revolución Rusa en 1917-20, la aparición de un pequeño partido comunista que se presentaba como el socio legítimo de los bolcheviques en España era una experiencia incómoda. El surgimiento del PCE, como señaló Joaquín Maurín, «creaba una ruptura fatal» entre la CNT y la III Internacional.¹⁰⁴ El PCE se convirtió en una pesadilla para los libertarios. Muchas de las acusaciones tradicionales de reformismo y burocratización formuladas contra el PSOE se dirigieron ahora contra los comunistas. Los comunistas españoles eran considerados como una continuación «pseudorrevolucionaria» del partido socialista: «ellos [socialistas y anarquistas] están unidos y atraídos los unos por los otros por su deseo común de poder».¹⁰⁵ Las propuestas de colaboración con los comunistas eran duramente rechazadas: «lucharemos contra el PCE y no seremos seducidos por su histérico coqueteo femenino».¹⁰⁶

La presencia de la minoría probolchevique de Joaquín Maurín en la CNT, vista como un caballo de Troya del partido comunista dentro de la confederación, aumentó la sensación de asedio. Ni el PCE ni la facción de Maurín eran capaces de desafiar realmente el control anarcosindicalista de la CNT. Pero el contexto de derrota y estancamiento del movimiento obrero, así como el éxito de los comunistas en otros países en desplazar a los anarcosindicalistas de importantes sindicatos como la CGTU francesa exacerbó las inseguridades de los libertarios y magnificaron la amenaza comunista ante sus ojos.¹⁰⁷ El aliado de Maurín en Valencia, Hilario Arlandis, lamentaba que los anarquistas «quieren matarme. Aquí tenemos que portar un arma en todo momento».¹⁰⁸

La sensación de incertidumbre de los libertarios se veía agravada por la impresión de que las bases de la CNT estaban desviadas ideológicamente y eran vulnerables al hechizo de los comunistas. Si bien es difícil medir hasta qué punto esto era cierto, parece probable que los trabajadores comunes siguieran simpatizando con la dictadura bolchevique durante más tiempo que los cenetistas más experimentados. Galo Díez valoró que, «no debemos ser absorbidos ni desviados por los prejuicios de las masas», ya que «es cierto que un gran número de miembros de la CNT no comparten completamente sus doctrinas».¹⁰⁹ De forma aún más reveladora, la anarquista Teresa Mañé i Miravet (alias Soledad Gustavo), reconoció amargamente:

La mayoría [de la CNT] está más cerca de la dictadura de Lenin que de los conceptos de Kropotkin o Reclus [...]. Para las inteligencias simples la revolución rusa es siempre una revolución [...] os contestan que las leyes y los Códigos que queremos destruir los anarquistas se han destruido ya.¹¹⁰

Conclusión

Para comprender la extraña luna de miel entre los anarquistas españoles y la dictadura del proletariado bolchevique, es necesario historizar exhaustivamente el movimiento libertario. El anarquismo español, un movimiento de masas enfrentado contra el marxismo reformista del PSOE y que se había presentado a si mismo como una alternativa radical a los socialistas. El marxismo de Lenin y sus seguidores parecía ser muy diferente del del PSOE, y parecía encajar en muchos aspectos con las ideas de la CNT. La noción bolchevique de la dictadura del proletariado concordaba con el temperamento militante de los anarquistas, y el feroz asalto de la contrarrevolución durante la Guerra Civil Rusa parecía justificar la necesidad de la coerción. La dramática intensificación de la represión contra el movimiento obrero español en 1919-20 sustanció aún más esta impresión. Lo que es más importante, el estado de ánimo de optimismo extremo que prevaleció en estos años oscureció las divergencias ideológicas y facilitó un acercamiento entre marxistas radicales y anarquistas. Esta asociación también era políticamente beneficiosa, ya que la conexión de la CNT con los victoriosos bolcheviques rusos aumentó su atractivo a los ojos de los trabajadores radicalizados.

Estas condiciones cambiaron considerablemente en 1921-22. El optimismo dio paso a la desmoralización conforme la militancia revolucionaria menguaba y el movimiento revolucionario era aplastado por la represión, tanto en España como en el extranjero. Los informes detallados de Rusia revelaron que la dictadura comunista no era ejercida únicamente contra la contrarrevolución sino también contra los sectores disidentes de la izquierda, más notablemente contra los anarquistas. La cuestión del Partido Comunista se convirtió en un elemento crucial de discordia con los bolcheviques. Si bien la dictadura del proletariado no había aparecido frecuentemente en las polémicas de los anarquistas con el PSOE, la cuestión de la política partidista y la participación parlamentaria había supuesto un acalorado punto de controversia. La participación en partidos políticos era difícil de digerir para los anarquistas ibéricos. La proliferación de partidos comunistas a lo largo de Europa, incluyendo a España, creó competidores indeseables de los anarquistas. Los anarquistas españoles comenzaron a hacer una ruidosa campaña contra la dictadura del Partido Comunista prescrita por Moscú, adaptando su crítica tradicional al PSOE al PCE y a los bolcheviques rusos, y reafirmando su tradicional cosmovisión libertaria.

NOTAS

- ¹ Tomás Elorrieta y Artaza, *El movimiento bolchevista* (Madrid, 1919), 33
- ² Arturo Zoffmann Rodríguez, «Lenin in Barcelona: the Russian Revolution and the Spanish trienio bolchevista», *Slavic Review* 76 (2017): 629–36.
- ³ Francisco J. Romero Salvadó, «Spain's Revolutionary Crisis of 1917: A Reckless Gamble», en Angel Smith y Francisco Romero Salvadó, eds., *The Agony of Spanish Liberalism* (Basingstoke, 2010), 64–65.
- ⁴ Francisco Cobo Romero, «The 'Red Dawn' of the Andalusian Countryside: Peasant Protest during the 'Bolshevik Triennium,' 1918–1920», en Angel Smith y Francisco Romero Salvadó, eds., *The Agony of Spanish Liberalism* (Basingstoke, 2010), 131–35.
- ⁵ James Matthews, «Battling Bolshevik Bogeymen: Spain's Cordon Sanitaire against Revolution from a European Perspective, 1917–1923», *The Journal of Military History* 80 (2016), 725–55.
- ⁶ Chris Ealham, «An Impossible Unity: Revolution, Reform and Counter-Revolution and the Spanish Left, 1917–23», en Angel Smith y Francisco Romero Salvadó, eds., *The Agony of Spanish Liberalism* (Basingstoke, 2010), 99–100.
- ⁷ En aquella época los términos «anarquista» y «libertario» eran sinónimos.
- ⁸ Murray Bookchin, *Los anarquistas españoles: los años heroicos (1868–1936)* (Barcelona, 1980). Wayne Thorpe, «*The Workers Themselves*»: *Revolutionary Syndicalism and International Labour, 1913–1923* (Ámsterdam, 1989). Peter Marshall, *Demanding the Impossible: A History of Anarchism* (Londres, 1993). Jason Garner, *Goals and Means: Anarchism, Syndicalism and Internationalism in the Origins of the Federación Anarquista Ibérica* (Chico, 2016).
- ⁹ Ealham, «An impossible unity». Reiner Tosstorff, *The Red International of Labour Unions (RILU), 1920–1937* (Leiden, 2016), 93–122. Francisco Romero Salvadó, «The Comintern fiasco in Spain: the Borodin Mission and the birth of the Spanish Communist Party». *Revolutionary Russia*, 21 (2008), 153–177. Santi Fedele, *Una breve illusione: gli anarchici italiani e la Russia sovietica* (Milan, 1996). Ralph Darlington, *Syndicalism and the Transition to Communism: An International Comparative Analysis* (Aldershot, 2008).
- ¹⁰ Karl Marx, *Critique of the Gotha Programme* (1875).
- ¹¹ Mikhail Bakunin, *Statism and Anarchy* (1873).
- ¹² Véase, por ejemplo: Garner, *Goals and Means*, 84–92.
- ¹³ Marshall, *Demanding the Impossible*, 453–55.
- ¹⁴ Anselmo Lorenzo, *El proletariado militante* (Madrid, 1974), 38–44.
- ¹⁵ Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth* (Cambridge, 2009), 215–28.
- ¹⁶ Joaquín Maurín, *Revolución y Contrarrevolución en España* (París, 1966), 244.
- ¹⁷ Brenan, *The Spanish Labyrinth*, 215–28.
- ¹⁸ Maurín, *Revolución y Contrarrevolución*, 242–44.
- ¹⁹ Real Academia de Historia (Madrid), Fondo Romanones, legajo 96, número 7, 10.
- ²⁰ Para estudios de caso sobre la lucha entre socialistas y anarquistas en Andalucía y Cataluña, véase: Angel Smith, *Anarchism, Revolution and Reaction: Catalan labour and the crisis of the Spanish state* (Oxford, 2007), 125–28. Eduard Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution: Origins of Civil War* (Yale, 1970), 212.
- ²¹ Carlos Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización: el movimiento obrero español: 1914–1918* (Barcelona, 1978), 258–62.
- ²² José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868–1910)* (Madrid, 1976), 441–43.
- ²³ Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización*, 261–62.
- ²⁴ Francisco Jordán, *La dictadura del proletariado* (México, 1922), 5.
- ²⁵ Chris Ealham, «De la cima al abismo: las contradicciones entre el individualismo y el colectivismo en el anarquismo español», en Ann Mackenzie y Paul Preston, eds., *La República asediada* (Barcelona: 1999), 155–56.
- ²⁶ Gerald Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914–1923* (Stanford, 1974), 104.
- ²⁷ *Ibid.*, 103–5
- ²⁸ Julián Casanova, «Terror and Violence: The Dark Face of Spanish Anarchism», *International Labor and Working-Class History* 67 (2005): 87–90.
- ²⁹ «De la revolución rusa: la sociedad vieja se hunde», *Tierra y Libertad* (Barcelona, 21 de noviembre, 1917).
- ³⁰ Comentarios similares se hicieron en el diario de la CNT *Solidaridad Obrera*, véase, por ejemplo: Pedro Jul, «Rusia y la guerra», *Solidaridad Obrera* (Barcelona, 4 de enero, 1918).
- ³¹ Juan Díaz Del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (Madrid, 1973), 267.
- ³² Manuel Buenacasa, *El movimiento obrero español, 1880–1926: historia y crítica* (Madrid, 1970) 64.
- ³³ «Los maximalistas y la prensa burguesa», *Tierra y Libertad* (Barcelona, 5 de diciembre, 1917).

- ³⁴ «En la guerra y en la paz: los socialistas, enemigos del proletariado», *Solidaridad Obrera* (Barcelona, 4 de mayo, 1918).
- ³⁵ Véase las observaciones de Fedele sobre el estudio de caso italiano: Fedele, *Una breve illusione*, 47.
- ³⁶ Eusebio C. Carbó, «El congreso de la Comedia» (1933). Reproducido en: José Peirats, *Figuras del movimiento libertario español* (Barcelona, 1978), 133.
- ³⁷ Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización*, 259.
- ³⁸ M. Buenacasa, «Así se escribe la historia: ¡¡Rusia!!», *Solidaridad Obrera* (Barcelona, 12 de noviembre, 1917).
- ³⁹ Gaston Leval, *Mémoires* (s.f.): 27, Gaston Leval Papers, International Institute of Social History (Ámsterdam).
- ⁴⁰ «En defensa de Rusia», *Solidaridad Obrera* (Barcelona, 17 de enero, 1919).
- ⁴¹ «VI Congreso Nacional de Agricultores y similares de España—celebrado en Valencia los días 25, 26 y 27 de diciembre de 1918», *La Voz del Campesino* (Jerez de la Frontera, diciembre de 1918).
- ⁴² *Memoria del Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo, celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid* (Barcelona, 1932), 344.
- ⁴³ «Revolución y Anarquía», *Tierra y Libertad* (Barcelona, 26 de diciembre, 1917).
- ⁴⁴ Joaquín Maurín, «La CNT y la III Internacional», *Hombres e Historia* (Nueva York, 1961).
- ⁴⁵ *Memoria* (Barcelona, 1932), 341.
- ⁴⁶ *Ibid.*, 348.
- ⁴⁷ *Ibid.*, 363.
- ⁴⁸ «Informe de la delegación de la CNT», *Lucha Social* (Lleida, 27 de mayo, 1922).
- ⁴⁹ «De la revolución rusa».
- ⁵⁰ Díaz del Moral, *Historia*, 343.
- ⁵¹ «¿Qué pasa? ¿Qué pasará?» *El Libertario* (Barcelona, s.f., probablemente abril de 1919).
- ⁵² Matthews, «Battling Bolshevik Bogeymen», 725–55.
- ⁵³ «Les ouvriers Espagnols appellent au secours!» *La Vie Ouvrière* (París, 31 de diciembre, 1920).
- ⁵⁴ Gonnovèche, «La Terreur blanche en Espagne», *La Vie Ouvrière* (París, 10 de diciembre, 1920).
- ⁵⁵ Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv sotsial'no-politicheskoi istorii (RGASPI, Moscú), fond 534, opis' 6, delo 81, Lozovsky «V ispolnitel'noe byuro natsional'noi konfederatsii truda Ispanii» (19 de diciembre, 1922).
- ⁵⁶ Leval, *Mémoires*, 73.
- ⁵⁷ Andreu Nin, *La revolución rusa* (Barcelona, 1979), 121.
- ⁵⁸ Maurín, *Revolución y contrarrevolución*, 264.
- ⁵⁹ Stephen A. Smith, *Revolution and the People in Russia and China* (Nueva York, 2008), 178.
- ⁶⁰ «El crimen social», *El Comunista* (Zaragoza, 20 de diciembre, 1919).
- ⁶¹ Meaker, *The Revolutionary Left*, 107.
- ⁶² *Memoria*, 368.
- ⁶³ *Ibid.* 355.
- ⁶⁴ *Ibid.* 355–68, passim.
- ⁶⁵ Pere Foix, *Apòstols i mercaders: quaranta anys de lluita social a Catalunya* (Barcelona, 1976), 29.
- ⁶⁶ Meaker, *The Revolutionary Left*, 151–54, 222–24, 233–36.
- ⁶⁷ *Ibid.*, 222.
- ⁶⁸ *El Comunista* (La Felguera, 19 de junio, 1920).
- ⁶⁹ Anna Monjo, *Militants: Democràcia i participació a la CNT als anys trenta* (Barcelona, 2003), 250–60.
- ⁷⁰ Véase, por ejemplo: Garner, *Goals and Means*, 97–111.
- ⁷¹ Pelai Pagès, *Andreu Nin: Una vida al servei de la classe treballadora* (Barcelona, 2008), 75–76.
- ⁷² Véase, por ejemplo: Antonio Bar, *La CNT en los años rojos, del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo* (1910–1926) (Madrid, 1981), 359–431.
- ⁷³ Real Academia de Historia (Madrid), Fondo Romanones, Legajo 96, Número 38, «Consecuencias que se desprenden de la huelga de la Canadiense».
- ⁷⁴ Véase, por ejemplo: Bar, *La CNT*, 436–51.
- ⁷⁵ «Reacción y Revolución», *El Comunista*, (La Felguera, 19 de junio, 1920).
- ⁷⁶ «La violencia», *Vida Obrera* (Gijón, 11 de noviembre, 1921).
- ⁷⁷ «El crimen social».
- ⁷⁸ «Allá vamos», *Bandera Roja* (Barcelona, 14 de diciembre, 1919).
- ⁷⁹ Manuel Buenacasa, «La carta de Kropotkine sobre la Revolución Rusa. Refutaciones», *Solidaridad Obrera* (Bilbao, 27 de agosto, 1920).
- ⁸⁰ *Memoria*, 355–68.
- ⁸¹ Salvador Seguí, *Escrits* (Barcelona, 1975), 51.
- ⁸² «El comunismo anarquista», *La Bandera Roja* (Barcelona, 14 de diciembre, 1919).

- ⁸³ RGASPI, fond 495, opis' 120, delo 215, list 90, Óscar Pérez Solís, «Para acabar con una crisis indecente» (1926).
- ⁸⁴ Geoff Eley, *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850–2000* (Oxford, 2002), 176–84.
- ⁸⁵ Bar, *La CNT*, 554–55.
- ⁸⁶ José Peirats, *La CNT en la revolución española* (París, 1971), 30.
- ⁸⁷ «Informe de la delegación de la CNT (primera parte)», *Lucha Social* (Lleida, 27 de mayo, 1922). «A los trabajadores», *Redención* (Alcoy, 18 de noviembre, 1921).
- ⁸⁸ Arturo Zoffmann Rodríguez, «Andreu Nin, Joaquín Maurín y los comunistas-sindicalistas de la CNT: nuevas perspectivas desde los archivos rusos», *La revolución rusa pasó por aquí* (Barcelona, 2017), 99–135.
- ⁸⁹ Reiner Tosstorff, «The syndicalist encounter with Bolshevism», *Anarchist Studies*, 17 (2009): 10.
- ⁹⁰ Jaime el Uraño, «El hambre en Rusia», *Redención* (Alcoy, 6 de agosto, 1921).
- ⁹¹ «Profilaxis sindicalista», *Redención* (Alcoy, 25 de noviembre, 1921).
- ⁹² Ealham, «An impossible unity», 106.
- ⁹³ «La dictadura del proletariado», *Redención* (Alcoy, 12 de diciembre, 1921).
- ⁹⁴ Cipriano Bertomeu Cremades, «Nuestro comunismo», *Redención* (Alcoy, 26 de junio, 1921).
- ⁹⁵ Galo Díez, «Deslindando campos», *Redención* (Alcoy, 15 de octubre, 1921).
- ⁹⁶ «Mi opinión sobre la dictadura», *Redención* (Alcoy, 2 de diciembre, 1921).
- ⁹⁷ Ángel Pestaña, *Informe sobre mi estancia en la URSS* (Madrid, 1968), 41–51.
- ⁹⁸ Bruno Lladó, «La verdad sobre el congreso de la Sindical Roja de Moscú», *Nueva Senda* (Madrid, 26 de enero, 1922).
- ⁹⁹ Bruno Lladó, «Alrededor del Consejo Sindical de Moscú», *Nueva Senda* (Madrid, 30 de marzo, 1922).
- ¹⁰⁰ «La Confederación Nacional del Trabajo de España y el Frente Único Revolucionario», *Nueva Senda* (Madrid, 9 de marzo, 1922).
- ¹⁰¹ Zoffmann, «Andreu Nin, Joaquín Maurín y los comunistas-sindicalistas de la CNT», 104–135.
- ¹⁰² Véase, por ejemplo: Thorpe, *The Workers Themselves*, 116.
- ¹⁰³ Tosstorff, *The Red International*, 119–20.
- ¹⁰⁴ Joaquín Maurín, *El Bloque Obrero y Campesino. Origen – Actividad - Perspectivas* (Barcelona, 1932), 6–7.
- ¹⁰⁵ Hermoso Plaja, «Pseudo-revolucionarismo», *Redención* (Alcoy, 11 de noviembre, 1921). «Socialistas nuevos y socialistas viejos», *Redención* (Alcoy, 16/07/1921).
- ¹⁰⁶ Galo Díez, «¡Ya apareció aquello!» *Redención* (Alcoy, 23 de diciembre, 1921).
- ¹⁰⁷ Garner, *Goals and Means*, 122–23, 135–36.
- ¹⁰⁸ Reproducido en: Zoffmann, «Andreu Nin, Joaquín Maurín y los comunistas-sindicalistas de la CNT», 128.
- ¹⁰⁹ Galo Díez, «Deslindando campos», *Redención* (Alcoy, 15 de octubre, 1921). Galo Díez, «La realidad nos abona», *Redención* (Alcoy, 6 de enero, 1922).
- ¹¹⁰ Soledad Gustavo, «La masa sindicalista no es anarquista», *Redención* (Alcoy, 17 de agosto, 1922).